

# PABLO CORTIZO CONFINES

*La oscuridad  
detrás del cosmos*



PABLO  
CORTIZO  
CONFINES

*La oscuridad  
detrás del cosmos*



**BIBLIOTECA ELEGIDA**

*Colección dirigida por  
Marcelo di Marco*

**BÄRENHAUS**

## ÍNDICE

La métrica del fin.....	11
Cuando el futuro se vuelve inevitable.....	14
El origen de las brumas.....	18
Una figura de negro.....	26
Todo comienza a enturbiarse.....	30
Harto del jergón.....	34
Un chino y el pasado.....	37
Mal presentimiento.....	43
El centro del principio.....	45
Un código inusual.....	53
Imágenes de la nave fantasma.....	57
Las palabras de Alexa.....	61
Hombres de otro tiempo.....	70
Un oscuro deseo.....	76
El ojo de vidrio.....	80
La misión comienza.....	85
Cordón umbilical.....	88
Una fría visión del futuro.....	92
La línea de sombra.....	97
Las entrañas de la trampa.....	102
El tiempo corre deprisa.....	107
Caminar entre tinieblas.....	111
Viaje al corazón del misterio.....	117
Estados alterados.....	121
La llamativa curiosidad del vacío.....	126
Fugaces interrupciones de la claridad.....	131
El fin del aire.....	140
Controles.....	148
Intriga.....	157
Una limitada confesión.....	163
El otro lado de los sueños.....	169
Existe al menos un espía.....	174

Letras de otro tiempo.....	182
La muerte y su sombra.....	192
Más allá del desprecio.....	200
Ecós de las experiencias.....	205
La oscuridad del poder.....	214
La aterradora presencia de la sangre.....	219
Sucesos enmarañados.....	227
La desconfianza se mete bajo la piel.....	233
Las alucinaciones regresan.....	237
Una tecnología incomprensible.....	242
Una compuerta cerrada.....	250
El ataque de las sombras.....	255
Historias de vida.....	261
De Kremer reparte las cartas.....	266
Inquietante.....	271
Retazos.....	279
Melodías de sinrazón.....	286
El camino al fin del día.....	292
Soledad.....	298
Último refugio.....	305
Retorno.....	309
Expreso a ninguna parte.....	313
Ni una oración para De Kremer.....	318
Crepuscular.....	321
Desamparo.....	329
Revelaciones.....	332
Nadie en el mundo.....	336
Últimos días de la Gebbet.....	341
El <i>Dark</i> .....	345
Imágenes elusivas.....	350
A los pies de la camilla.....	354
El legado.....	358
Corolarios.....	366

*¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza  
de polvo y tiempo y sueño y agonías?*

JORGE LUIS BORGES



## LA MÉTRICA DEL FIN

11

Los monitores del sistema de seguridad de la nave habían captado aquel horror desde una toma fija, lejana.

Ajeno al terror frío que lo recorría, Kimhall veía una vez más la imagen difusa de ese cuerpo tambaleante que chocaba contra las paredes del pasillo. La ropa vuelta un despojo, jirones. Y el primer plano, ahora, del rostro deformado, irreconocible, mostraba perforaciones de furiosos estiletes: la sangre oscura huía por los agujeros abiertos.

Un estertor, una náusea profunda. El capitán Kimhall tiró su asiento hacia atrás y miró el techo del Pahkna.

Se había quedado solo, solo ante la muerte. Agarró la botella de vodka y tomó un trago tan largo como pudo. Y otro más. Respiró agitado. Y volvió a dar *PLAY*. Aquellas tomas... ¿De dónde tanta fascinación? Sabía la respuesta: esos segundos habían sellado su destino. ¿Pero de qué le servía repetir esa secuencia hasta el absurdo?

Oprimió *PAUSE*: en ese fotograma alcanzaba a vislumbrar a las sombras, esos asesinos indestructibles.

Y dio *PLAY* una vez más, y se quedó mirando el discurrir escalofriante de las tomas.

La cara en primer plano, la conformación amoratada.

Los agujeros que escupen rojos violentos.

Volvió a detener la escena, y la hizo avanzar en cámara lenta: ahora parecía que las mismas sombras salieran desde adentro, desde la propia masa de carne hacia afuera.

12 —Todo es irreversible —dijo, aturdido—. Nada cambiará el rumbo del Pahkna.

Y era cierto: él y su nave se desintegrarían al chocar contra la estrella Stevenson.

Se llevó a la boca la botella casi vacía y la oleada de vodka le quemó las tripas. Cerró los ojos y lloró. Entre lágrimas, fragmentos de historia rasgaban su mente.

El desierto.

El tren.

Aquella voz.

*Sooooonnyyy Sooooonnyyy*

Sintió la agitación de la carrera estéril. Y se descubría una vez más siendo un niño. Un niño a la vera de esas vías sin destino. Tragaba arena, tragaba sus propias palabras:

—Papá... Papá...

Si sólo pudiese acordarse, recuperar la fisonomía del padre.

Aunque era inútil. La maldita amnesia se había tragado sus primeros años para siempre.

Y ahora, al final del camino, por fin comprendía la etiología indescifrable de la inestabilidad celular que

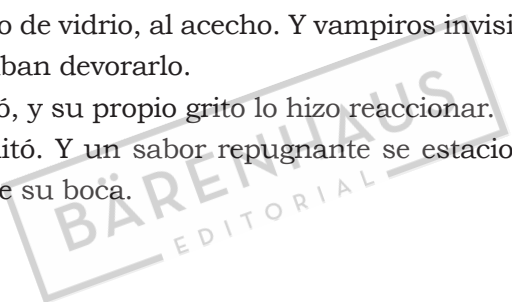
lo acosaba desde que tenía memoria. Aunque hubiera preferido no saberlo nunca.

Kimhall se estremeció, soltó la botella vacía y apenas si atinó a observarla recorriendo en cámara lenta la geometría que la separaba de su conclusión, el estallido del final. Igual acabarían él y el Pahkna bajo la fuerza gravitatoria de la Stevenson. Tomó otra botella y bebió hasta agotarse y la dejó caer. El vodka se deslizó sobre el piso del Pahkna.

La cabina se le confundía con la filmación, la oscuridad, el desierto, el tren... —un tren que acaso jamás existió—. Y un túmulo emergiendo de la arena, y un gran ojo de vidrio, al acecho. Y vampiros invisibles que intentaban devorarlo.

Gritó, y su propio grito lo hizo reaccionar.

Vomitó. Y un sabor repugnante se estacionó en el vacío de su boca.





## CUANDO EL FUTURO SE VUELVE INEVITABLE

14 Kimhall volvió el video a la imagen inicial, aquella en la que creía distinguir a las sombras en el fino aire del Pahkna. Y allí estaban: fantasmas en suspensión: podía entreverlas aún en esa difusa confusión de píxeles.

Miró sus antebrazos, se palpó el cuello: ni incisiones ni restos de sangre. Aquellos vampiros no lo habían atacado. O al menos eso parecía.

Tomó aire, aturdido por aquel estado maldito que entremezclaba pesadilla y realidad.

¿Sería él en verdad inmune?

*Sooooooooonnyyyyyyyyyyy*

*¿Sony?*

Se estiró hasta atrapar una nueva botella y quedó tieso, mirando el monitor desnudo de la computadora. Se restregó los ojos. Y vio letras en la pantalla. Letras que se escribían solas. Letras de un rojo profundo. Y un borrón sanguinolento en el ángulo superior. Kimhall quiso limpiarlo con un pañuelo, pero se estremeció al darse cuenta: la mancha estaba del lado de adentro.

—Sangre —dijo, sin saber cómo había llegado esa palabra a su boca.

Sangre, se repitió, mientras palpaba una grumosa humedad en los dedos.

Un hilo oscuro, letras intensas cubrían todos los espacios. Kimhall podía entender lo que se ocultaba en ellas:

J?JSKVESTAMOS QQQAQUI

QSLQSQSL PRESOS QSLQSL EN LAS PUEXXRTAS

JJ.%\$JJX DE LA ETER\$%&NIDAD///&%FJGG%=

Claro que lo entendía. Sólo debía leerse entre letras para comprender el mensaje.

Las sombras, balbuceó.

*Fantasmas asesinos. Criaturas presas para siempre, incapaces de morir.*

Los píxeles de la pantalla se convertían en pupilas que contenían pupilas, y lo miraban: los ojos vidriosos de una mosca. Se llevó las manos a la cara: sí; eso quería, una calma oscuridad. Y tuvo la impresión de elevarse, de estar escapando de su organismo. Pudo verse desprendido de sí, un muñeco sentado frente al ordenador.

*No puede ser. Yo estoy aquí. Yoestoyconmigo.*

Y podía sentirlo —sentirse—, aunque no verse con nitidez. Sus brazos abiertos en cruz, suspendido por sobre el muñeco y el ordenador. Él estaba allí arriba, y... —debía aceptarlo—, ese cuerpo de abajo, el de un borracho desvanecido, ya no le pertenecía.

Cerró los ojos, un mundo oscuro fue rodeándolo.

Al volver a abrirlos, se sorprendió de nuevo en sí mismo, habitando el cuerpo del muñeco. Había regresado. Y seguía tan borracho como antes. Se limpió restos de vómito de la comisura de los labios.

Y pensó —deseó— que la pesadilla hubiese terminado: que él ya no viajara sólo en una nave que se dirigía a destruirse contra la *Stevenson*, sino que iba de regreso a casa. Si acaso podía llamarse casa una fría estación espacial.

Pero una forma difusa lo apuntó con el dedo, acusándolo: *¡Usted no tiene derecho a salvarse!*

La forma llevaba por cara una máscara blanca. Y ahora se transformaba en una cara distinta. Ya no cal-  
16 va y rotunda, sino en una fina y alargada. Una cara en la que Kimhall distinguió el mentón agrietado, partido, y como de porcelana. Quiso levantarse, ir hacia la forma, pero trastabilló, y cayó de rodillas. La cara volvió a transmutarse, y la voz grave le repitió: *¡Usted no tiene derecho a salvarse!*

Le arrojó el *cellular* al fantasma, y el fantasma se deshizo ante sus ojos. Solo la máscara de porcelana flotó hasta golpear el piso y hacerse añicos.

Y lo mismo hizo su *cellular*.

Kimhall se quedó sin aire. Miraba la carcasa partida del *cellular* como si observara su propio cadáver. Allí se iban para siempre sus fotos, la música que amaba, sus videolibros, sus películas. Todo lo que había atesorado en su vida. Y su cuaderno de frases.

Todo, todo destruido.

Avanzó como pudo hasta apoyarse contra la pared y pulverizó los restos del *cellular* con el taco.

¿Acaso importaba?

Se llevó las manos a la cara, y sintió un líquido pegajoso. ¿Rezumaba sangre? ¿Acaso él también se había contagiado?

Entonces los zumbidos a su espalda.

Los vampiros, pensó. Las sombras. Y corrió como pudo, y se encerró en el baño. Se apoyó en el lavabo y vio en el espejo las facciones de alguien parecido a él.

—Maldita sea... —le dijo a ese capitán Kimhall que tenía la cara embadurnada de sangre—. Voy a terminar igual que ellos —abrió la canilla y se enjugó la cara. Y el agua era transparente.

El espejo le mostró la imagen de un semblante limpio.

No. No se había contagiado.

Se lavó la cara con esa agua encantadoramente tibia.

Cerró la canilla y recorrió tambaleante los cinco mil kilómetros que lo separaban de su puesto de comando. Contempló la imponente del entramado de estrellas. El mundo, la vida, quedaban lejos, demasiado lejos.

Miró la botella rota. Especuló que, aunque pudiese acometer la demencial tarea de rearmarla, ya no sería la misma: algo en su esencia se habría quebrado para siempre. Algo que no les era dado a los hombres reparar.

Su propia historia, hecha añicos, era irreparable.

Pero, aunque fuese estúpido y en vano, se obligó a recordarla.

## EL ORIGEN DE LAS BRUMAS

18        Como cualquier historia, la suya también tuvo un origen. Y un hilo misterioso, un azar que se fue devanando con el tiempo. Kimhall estaba convencido de que todo había empezado en una frase anodina:

—Tome asiento.

La mismísima Alexa lo había recibido con esas palabras en la Sala de Reuniones de la estación Armstrong. La acompañaba un uniformado, de visita en la estación. La jefa lo presentó como el mayor Thorgen.

Alexa era la responsable de la estación desde que Kimhall había ingresado en Colonos. Él se había sumado a esa institución civil siendo joven, deseoso de escapar de la mugre y la desidia de aquella naturaleza marginal en la que se había criado: el Submundo. Colonos le ofrecía buena paga y la ciudadanía de la Urbe asegurada al regresar. Pero había que aguantarse en aquellas estaciones fronterizas trabajando bajo supervisión del Ejército, que siempre tuvo a su cargo el acceso a los Confines.

En el corto silencio que siguió, la jefa se acomodó la ropa en un gesto de inquietud.

—Capitán —señaló al mayor Thorgen, sentado a su derecha—, lo hemos asignado a una misión. Su objetivo será la exploración de nuevas rutas que, según estimamos tanto nosotros como Ejército, resultarán de importancia comercial en un futuro.

Kimhall miró de reojo las jinetas del militar, se movió en su silla: explorar nuevas rutas no parecía ser una tarea tan trascendente como para involucrar a semejante jerarquía.

—No crea que tendrá a su cargo un trabajo menor —indicó Thorgen, y le dio al capitán la sensación de que aquel gorila había leído sus pensamientos—. Si así fuera, yo no estaría aquí.

Kimhall lo observó con detenimiento. ¿Qué lo habría delatado? De rasgos duros, el mayor tenía más estatura que él y Alexa juntos. Visto de pie, sería una mole. Sus cabellos canosos habían sido domesticados a fuerza de constantes golpes de tijera. Y ahora, sus ojos grises, hasta entonces huidizos y pequeños, se habían clavado en los suyos como en los de una presa.

—Existe otro objetivo —agregó Thorgen, y carraspeó—. Aunque será sólo de su conocimiento y el nuestro. Y esta segunda tarea, esta misión subalterna..., no-oficial diríamos, es la única que me interesa.

Kimhall no pudo evitar un ligero parpadeo. Alexa ahora sostenía entre sus dedos un cigarrillo sin prender, y miraba a Kimhall callada, y como escrutándolo.

—Hemos recibido cierta documentación... —era evidente que el mayor Thorgen sopesaba sus propias palabras—. Papeles de los que, para serle franco, no nos fiamos.

—Papeles —repitió Kimhall.

Alexa retorció su cigarrillo todavía apagado. Silenciosa, miraba alternativamente a los dos.

—Ejército no confía en esos papeles —dijo—. Pero tampoco puede descartarlos.

El mayor la observó, displicente, como queriendo resaltar que las palabras de la jefa le resultaban irrelevantes.

—Dicha documentación, acaso apócrifa —siguió diciendo— reporta precisas coordenadas de localización. Se trata de una nave, un transporte militar, extraviado tiempo atrás. Y esa nave estaría *justo* en el paso hacia las nuevas rutas, ¿comprende? Al extremo de los Confines.

—¿Y por qué mandar colonos en busca de un transporte militar? —preguntó Kimhall—. Eso es tarea del Ejército.

El mayor endureció la mirada.

—Vea, Kimhall —dijo—: si mando gente nuestra y no encuentran nada, tendré a los perros de Auditoría montados en mi cabeza. Desde el cambio de gobierno vivimos en un permanente recorte de gastos, así que, si van ustedes, a Ejército le resulta gratis. Y descubrir esa nave, en caso de que la encuentren, será un resultado... *casual*, en el marco de un programa de investigación solicitado por Colonos. Un programa exploratorio que su jefa nos ha solicitado con insistencia, ¿verdad, Alexa?

La jefa asintió sin decir palabra.

—¿Y qué esperan de mí? —preguntó el capitán, mirando a Alexa.

Ella tiró de cada extremo del cigarrillo más allá de lo que la física permitía. Las partículas de tabaco se desparramaron sobre la mesa.

—Ya lo dijo el mayor: a cambio de destrabar ciertas burocracias... —la jefa miró con resignación las partes de cigarrillo que habían quedado en cada una de sus manos— nos solicitó asistencia para localizar la nave y...

—...¿Sólo localizar? —interrumpió Kimhall.

—Bien observado, capitán. En caso de encontrarla, ustedes deberán bajar a la nave para investigar lo que haya sucedido allí arriba. Plan dos —agregó Thorngen, sonriente.

—Comprendo —dijo Kimhall, tomando clara nota de que *seguramente* iban a toparse con esa nave. Vio que Alexa ponía discretamente los restos de cigarrillo en un puño, y luego los ocultaba en el bolsillo de su casaca.

Sin prestar atención a los movimientos de Alexa, el mayor Thorngen siguió diciendo:

—Y cuando digo investigar, Kimhall, quiero decir llegar hasta las últimas consecuencias. Deberán determinar que sucedió, y con toda precisión. Y recuerde: no podrán retirarse hasta que *yo*, específicamente *yo*, se lo indique. La desobediencia a esta orden equivale al delito de traición.

Mientras Kimhall tragaba saliva, Alexa carraspeó:

—En cualquier caso, el mayor nos ha solicitado una colaboración que *debemos prestarle* —Alexa bajó la vista y reunió con la mano una parte del tabaco disperso sobre la mesa, la arrastró hasta el borde, y,



atajando el tabaco con la otra mano, se apresuró a ocultar esa basura en otro bolsillo de su casaca.

¿Qué estaba sucediendo? Kimhall se alertó: había percibido un tono particular en ese “debemos prestarle”. Entrevió una señal de desacuerdo, de rabia controlada, en aquel hablar entre dientes. Thorsten prosiguió:

—Como todo hombre al mando de una expedición por los Confines, usted se convertirá en personal militar. En su viaje no reportará a Colonos sino a nuestra base. Esto, en lo oficial. En lo *real*, usted trabajará para mí. —El mayor se interrumpió, y señaló su pecho con el pulgar—: Y cuando digo *para mí*, quiero resaltar que no reportará a nadie más que a *mí* o a mis designados. —El mayor Thorsten sonrió, divertido. Y agregó, directo a Kimhall—: Una proposición bastante interesante, ¿verdad?

Una proposición bastante irregular, pensó Kimhall. Mejor dicho, una imposición. Y miró a Alexa buscando algún tipo de aprobación, pero ella se ocupaba de limpiar los últimos restos de tabaco.

Kimhall vio que Thorsten seguía de soslayo estos desplazamientos. El mayor continuó:

—Capitán: usted ha sido depositario de una gestión confidencial. Ahora le repito mi mando: debe buscar esa nave en las coordenadas que yo le indicaré, y de encontrarla, determinar qué demonios le ocurrió a la tripulación —el mayor se interrumpió. Kimhall notó que miraba de reojo el escote de la jefa. Se te han caído los ojos, ¿eh, Thorsten?, pensó. A sus inconfesados cincuenta, la jefa conservaba una atrayente silueta y sugestivas uñas rojas.

Indiferente, Alexa tomó un nuevo cigarrillo. El mayor continuó:

—Al llegar a la zona de aproximación, lo despertaremos. A usted solamente, no a su tripulación. Se ocupará de barrer el área. Y si localiza al transporte, activará un programa que simulará un pedido de auxilio. Solo entonces levantará a su gente.

—¿Y a mí cómo me despertarán?

—Bien, capitán: me gusta la gente despierta. No lo despertaremos una mierda, ¿sabe?—Programará usted mismo esa función usando las coordenadas que le haré llegar.

Kimhall aceptó jugar al duro: con tipos como Thor- gen, lo peor era que lo tomaran por asustadizo.

—Es lo que supuse. Ahora... ¿tiene alguna otra su- gerencia creativa para que yo justifique la necesidad de bajar a la nave? Un colono no se metería ni borra- cho en un transporte militar.

Thorgen se demoró en una sonrisa muda, claván- dolo la vista. Kimhall no parpadeó.

—Mienta —dijo Thorgen hablando como si quisie- se morder sus palabras—. Diga que las propias reglas de Colonos lo obligan, y que como hombre a cargo de una misión en los Confines usted se convierte usted en oficial de reserva de Ejército —Thorgen hizo sonar sus nudillos—. Y tenga bien presente que usted y yo nunca nos conocimos.

Thorgen le extendió un sobre amarillo y de tamaño mínimo.

—Aquí tiene las instrucciones para correr el progra- ma que generará la alerta y lo despertará. Y... otros

detalles menores. Entre ellos una clave. Memorícela y destruya este mensaje.

El capitán guardó el sobre en su bolsillo. El mayor continuó:

—Si logro desclasificarlo, le alcanzaré un *dossier* de la nave que buscamos —tras un silencio incómodo, Thorgen se puso de pie—. Capitán: toda información sobre el transporte es secreto militar. Y memorice bien: cualquier obstrucción a mi mando equivale al delito de traición.

24

Kimhall tragó saliva: conocía demasiado bien cómo trataban los militares ese tipo de faltas.

—¿Firmaremos una declaración de confidencialidad en la que se describa su mando?

—¿Firmar? —yendo hacia la salida y sin volver la espalda, el mayor dijo—: No, capitán. Mis palabras son suficientes. Ahora mis hombres lo acompañarán a su barraca. Partirán en setenta y dos horas. Antes debemos entrenarlos. Comandar una nave como tan sofisticada como el Pahkna es una tarea compleja. Es demasiado moderna para unos... colonos.

El capitán se incorporó, parsimonioso, mirando a Alexa. Thorgen abrió la puerta y con un gesto indicó a dos soldados que traspusieran el umbral. Kimhall los miró de reojo: dos monos armados hasta los dientes.

De repente la jefa hizo algo muy extraño. Kimhall se vio atropellado súbitamente: Alexa lo empujaba hacia fuera, pero al mismo tiempo lo mantenía agarrado del cinturón, por detrás.

—¿Qué...? —atinó a decir.

Fuera del campo visual de los guardias, ella le levantó la casaca y le metió bajo la ropa, a la altura del cinturón un objeto delgado, rectangular. ¿Acaso un dispositivo de memoria?

Caminando hacia la salida, la subrepticia Alexa volvía a acomodarle la casaca. Al llegar a la puerta lo entregó a los soldados y se despidió con toda naturalidad:

—Confío, capitán Kimhall, en que cumplirá un exitoso servicio. Y recuerde que pronto es su cumpleaños. Buena navegación. —Y agregó—: Buena misión.

25

¿Cumpleaños? *¿Qué demonios quiere decirme?* Habían compartido dos rondas de cerveza un mes atrás, para festejar sus cuarenta y dos. Y la jefa, como buena mujer que era, no se confundiría en esas cosas.

Escoltado, o, mejor dicho, entrampado entre los dos gorilas, Kimhall se preguntó que encontraría en aquel transporte perdido. Empezaba a sentirse asfixiado.

¿Y qué carajo me dio Alexa?, se dijo.

*¿Adónde mierda me están mandando?*



**BÄRENHAUS**  
EDITORIAL